

Bélgica *versus* Francia

ANA GONZÁLEZ SALVADOR
UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

El título del Coloquio que aquí nos reúne, *La France au carrefour de l'Europe*, nos remite a la imagen de un país llamado Francia que podría situarse en el corazón de Europa, entendiendo por corazón no tanto el centro geográfico como el punto privilegiado en el que convergen gentes e ideas.

Observo que a ese lugar central, el título le confiere el estatuto de *carrefour* -y no de *rond-point*- a pesar de que en la nueva concepción del trazado de carreteras éste tiende últimamente a suplantarse a aquél.

Sospecho por otra parte que, en el tema que nos ocupa, no se tratará tanto de un tránsito circular, de una *place de l'Etoile* que irradiaría luz por los cuatro costados como, más bien, de una intersección, esto es el *punto común a dos líneas que se cortan*. Y es que en cuanto traduzco la palabra *carrefour* al castellano *encrucijada*, resulta que ese corazón que es Francia, viene a ocupar el lugar del corte, el lugar donde se cruzan los caminos. Me seduce entonces suponer que la vocación del término *carrefour* no es tanto la de evitar, a base de fluidez, la colisión (lo que sí podría sugerir *rond-point*) como la de señalar, en ese cruce de destinos que es la *encrucijada*, ya sea el inevitable *corte* de la *intersección* y, por lo tanto, de la *herida*, ya sea la pesada *cruz* del *conflicto*.

Por otro lado, conviene aprehender el espacio europeo como la suma de un gran número de identidades que conviven -no siempre en paz- y que,

en el transcurso del tiempo, han ido generando no sólo un universo imaginario propio -es decir referido al espacio interno de cada nación (región o grupo)- sino también un universo imaginario referido a espacios geográficos y culturales más allá de la frontera, vecinos y próximos o, por el contrario, ajenos y alejados. Conviene sin embargo recordar al respecto que la proximidad no siempre ha servido de ayuda para una buena relación.

Es muy cierto que Francia, y en particular París, tienen la reputación, sin duda bien ganada, de haber sabido acoger en su seno con maternal hospitalidad a gentes de toda condición y de todos los lugares. También ha tenido este país la habilidad de favorecer la elaboración y transmisión de buena parte de los valores que hoy circulan por Europa. Sin embargo, el *savoir faire* francés no ha podido evitar que el país escape a la ley general de elaboración de estereotipos -no exentos de crueldad- referidos al Otro. Valga un ejemplo:

sur un terrain de football. Y a l'entraîneur qui vient parler à l'équipe. Il dit à un joueur :

"Aujourd'hui, tu vas jouer avant."

L'autre lui répond :

"A ben ça non, hein moi je veux jouer avec les autres."

Se trata, claro está, de una de las innumerables y famosas *blagues belges* que los franceses, como todo país respecto del vecino, se complacen en elaborar, como quien no quiere la cosa, con despectiva malicia y talante distraído. Pero estos chistes se quedan cortos al lado de las muy poco amables líneas que Baudelaire le dedicó a los belgas.

Podría pensarse que el tono es diferente cuando, al invertir el orden de la relación *Francia* versus *Bélgica*, es Bélgica la que *versa* sobre Francia.

De ello tratará esta exposición.

Oigamos pues a un belga, por ejemplo al artista plástico Pol Bury, hablar a su vez de los franceses :

Après Dachau, les Français oublièrent les histoires juives qui les avaient tant amusés avant 1939. Avec la crise du pétrole, ils n'osèrent plus parler de "bougnoles". Les Suisses détenant des secrets bancaires, il valait mieux ne pas s'y attaquer. Restaient les Belges. On découvrit les histoires que les Wallons avaient propagées sur les Flamands [...]. Les Français les reprirent, refaisant une Belgique unitaire de la bêtise. Les Wallons francolâtres n'en croyaient pas leurs oreilles. L'humour facile repassait en sens contraire. La radio d'état, les dîners parisiens et de province savouraient le crétinisme du pays de la Vraie Frite. (Bury, 1979)

Muchos son los belgas francófonos que han optado por establecerse definitivamente en Francia: son los llamados artistas del exilio (voluntario), como el propio Pol Bury... escritores a los que se les considera ya franceses, como Henri Michaux o Georges Simenon...

Por el contrario, para aquellos que han preferido quedarse o volver a un país que se caracteriza precisamente por la ausencia de aquello que pudiera ser estimado como una fuerza aglutinadora -empezando por la lengua que, allí, es la lengua del *otro*-, el contraste con el hospitalario y prometedo *carrefour* francés puede efectivamente llegar a representar una dolorosa vivencia, una *herida* difícil de cicatrizar :

J'ai eu souvent mal de vivre dans une Belgique moquée, méprisée parfois, dont on souligne la lourdeur et la vulgarité. Et souvent autrefois, j'ai dit *je suis Flamand* évitant le mot *Belge* dont j'avais honte. La Belgique semble faire tout pour décourager l'amour que l'on serait tenté de lui porter. [...] Elle suscite en nous des sentiments de rancune douloureuse, comme on en aurait si l'on avait honte de sa mère, parce qu'elle n'est pas ce qu'on voudrait qu'elle soit. Parfois, à écouter le journal parlé à la radio, ma déception va jusqu'à la nausée et je me mets à haïr la voix de la speakerine, son timbre, son accent, sa respiration même, qui nous dit ce que nous sommes, ou plutôt ce que nous ne sommes pas mais ce que nous paraissions être. (Willems, 1980).

Para los escritores de Bélgica que escriben en francés -como para los de Suiza, el otro país europeo parcialmente francófono-, Francia es la matriz de la lengua que hablan pero también el lugar de la norma, así como París el centro emisor del reconocimiento. En el caso que nos ocupa, es decir el escritor belga, la relación de dependencia respecto de Francia -ya de por sí intensa debido a la cercanía- se ha visto acentuada por el escaso interés que hasta muy poco ha suscitado entre los lectores o los editores de Bélgica la literatura francesa producida en el propio país. Ante esa falta de reconocimiento interno, a menudo ocurre que el escritor sufre una incómoda situación, una ambigua *encrucijada* de sentimientos contrapuestos -entre el amor y el rencor, entre la necesidad y el rechazo- tanto hacia la propia madre (Bélgica) como hacia la vecina y superior madrastra (Francia). Para algunos, la *herida* de la *encrucijada* ha llegado a convertirse en calvario, y nunca mejor dicho cuando se trata de un autor como Michel de Ghelderode, emblemático ejemplo de dramaturgo flamenco cuyas obras, escritas en francés, fueron durante largo tiempo -hasta 1934 en Bruselas- únicamente representadas en versión neerlandesa.

En octubre de 1929, Ghelderode publica en un periódico flamenco la *Lettre de Kwibus à un jeune Flamand qui se montre désireux de devenir*

écrivain français de Belgique. Con estilo sarcástico, enumera algunas razones para disuadir a su receptor de que dedique su pluma a la literatura francesa. Roland Beyen, en la *biografía de Ghelderode*, traduce y resume la argumentación del pamfletito del que cabe destacar algún fragmento :

En Belgique, jeune pays peuplé de bureaucrates et de commerçants, le succès est strictement réservé à la littérature publicitaire. N'est toléré que l'écrivain de nationalité parisienne. [...] Inutile d'envoyer un manuscrit à Paris: on le renverra à moins qu'on n'oublie cette petite *formalité*, après en avoir volé les idées. Mieux vaut chercher un éditeur belge, sans toutefois lui parler de droits d'auteur, car en Belgique l'art est dispensé gratuitement: le francophone n'y lit que des livres empruntés et ne va au théâtre que muni de billets de faveur. (Beyen, 1980: 267)

Años más tarde, en marzo de 1937, Ghelderode firma el célebre Manifiesto del *Groupe du Lundi* creado en el 35 por Franz Hellens, y en el que sus componentes se declaran en contra del regionalismo o de la defensa de una singularidad específica que haría de los escritores belgas de lengua francesa un conjunto diferente del de los autores franceses.

La integración de la literatura francesa de Bélgica en la historia de las letras francesas no parecía sin embargo entusiasmar a un Ghelderode que creía en el pasado glorioso de su país y que, ya en 1925, había declarado:

Et enfin, de quoi la France [...] se mêle-t-elle ?... Ne nous inquiétons pas d'elle et, quoi qu'elle en dise et avec elle ses cent mille laquais d'expression française de Belgique, nous nous en passons volontiers. (Beyen, 1980: 272)

No sospechaba entonces que París -entre 1947 y 1954- le abriría las puertas del éxito.

El caso de Ghelderode no constituye, por otra parte, un ejemplo aislado puesto que, en el transcurrir de la breve historia que configura a Bélgica como país, gran número de ciudadanos belgas encuentran en el *carrefour* francés, en el cruce de caminos que es Francia, su realización como artistas. En efecto, y como señala Marc Quaghebeur:

Tout ne concourt-il pas [...] à pousser le public francophone vers l'orbite française pour l'expression de laquelle les hexagonaux sont forcément plus aptes [...]? (Quaghebeur, 1980 : 518)

Y, en lo que se refiere a aquellos que optan por quedarse en su país, ¿podrán evitar -en palabras del autor antes citado- *le processus [qui] ramène au cercle clos*, es decir el exilio, esta vez, interno?

Sans mémoire -sinon d'autrui [...], les Belges francophones se trouvent au carrefour difficile de leur périple. Ne leur incombe-t-il pas de se faire sur la perte d'un pouvoir politique, économique et culturel, qui s'effectua de concert avec le recul français et l'hypothèse européenne? (Quaghebeur, 1980: 518)

En un momento de la historia como el actual en el que la noción de *autoridad* plantea serias dudas y en el que emerge una dinámica de fuerzas atomizadoras y fraccionadoras (la de los nacionalismos regionalistas, entre otras), quizás convenga reflexionar, dentro del ámbito francés que nos ocupa, sobre el concepto de *carrefour* aplicado a Francia. Para que el término siga vigente, el hexágono deberá probablemente ampliar su propio espacio revisando el eje de su centro e integrando unos *márgenes* que le son imprescindibles para recobrar un vigor que parece declinar.

La reconsideración de este espacio francófono -con su *centro* y sus *márgenes*- deberá sin duda subsanar errores como los que a menudo figuran en manuales e historias de la literatura francesa. Joseph Hanse, en su artículo del 9 de Mayo de 1959 "Nos lettres vues de Paris", cita un ejemplo referido a los historiadores y críticos franceses que escriben sobre la literatura belga de expresión francesa. Se trata de la conocida *Histoire des littératures* (col. La Pléyade) dirigida por Raymond Queneau:

Après une histoire, en 1350 pages, de la littérature française, toutes les littératures d'expression française, dans la France d'outre-mer et à l'étranger, sont groupées sous le titre *Littératures connexes* et traitées ou maltraitées par Auguste Viatte. Disons-le tout de suite sans chauvinisme, avec l'objectivité d'un historien: il n'est pas légitime de placer apparemment sur le même plan, dans la même perspective, des littératures écloses dans de lointaines colonies, comme la Louisiane ou Haïti, et une littérature qui, pendant huit siècles, s'est développée en union étroite avec la littérature française, s'est fondue en elle à certains moments, a épaulé depuis cent ans toutes les nouvelles tendances, mêlé un grand nombre de ses écrivains à ceux de Paris, uni intimement sa voix à celle de la France au point que, parfois, on les distingue mal. [...]

M. Viatte consacre sept pages à la Belgique, moins d'ailleurs qu'à la Suisse romande, bien qu'il déclare en commençant que, *de toute la littérature française hors de France, celle de Belgique apparaît la plus riche et la plus vigoureuse*. (Hanse, 1959: 82-83)

Y concluye así Hanse su artículo:

Nous l'admettons sans peine: il y a infiniment plus loin de Paris à Bruxelles que de Bruxelles à Paris. Tandis que nos regards amicaux s'attardent volontiers à contempler, à étudier le panorama littéraire de la France, il faut aux Parisiens un puissant télescope pour nous découvrir. (Hanse, 1959: 92)

En la *órbita francesa* actual, la noción de *carrefour* debe huir del estatismo y adoptar una movilidad dialéctica en la que los espacios hasta ahora considerados como *conexos* puedan ofrecer -como dice Jacques Sojcher en *La Belgique malgré tout*:

[...] une possibilité d'espace, d'entre-deux, une situation mouvante de carrefour, de traversée et d'errance, [...] une chance de bâtardise. Et si cela n'a pas de langue, de culture vraiment personnelle, cela affecte pourtant la belle langue française [...], cela dévoie la culture avec majuscules d'un pays (je pense à la France) aux grands philosophes, aux grands écrivains, aux grandes idées trop souvent monumentalisées, donc écrasant et qui ont besoin pour revivre d'iconoclastes heureux et sans complexe. (Sojcher, 1980: VIII)

Sin embargo, y antes de concluir con esta última frase, cabe también preguntarse si el tipo de *iconoclasta* al que alude Sojcher, *feliz y sin complejos*, puede existir, tal y como están las cosas en la actualidad, realmente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * BEYEN, R. (1980). *Michel de Ghelderode ou la hantise du masque*. Bruxelles : Palais des Académies.
- * BURY, P. (1979). "Une belgitude peut en cacher une autre", *La Libre Belgique*, 3 décembre 1979.
- * HANSE, J. (1959). "Nos lettres vues de Paris", Bulletin de l'ARLLF, Palais des Académies, t.XXXVII, Fasc. 2, pp. 81-93.
- * QUAGHEBEUR, M. (1980). "Littérature et fonctionnement idéologique", *La Belgique malgré tout*, éd. SOJCHER, J., Editions de l'Université de Bruxelles.
- * SOJCHER, J. éd. (1980). *La Belgique malgré tout*, Editions de l'Université de Bruxelles.
- * WILLEMS, P. (1980). "J'aime le *non-état* qu'est ce pays", *La Belgique malgré tout*, éd. SOJCHER, J., Editions de l'Université de Bruxelles.